

La descripción de Babilonia y la tópic de lo exótico en *Las Historias* de Herodoto

Dr. Mariano Nava Contreras

Universidad de Los Andes, Dpto. de Lenguas y Literaturas Clásicas

Nota: Este trabajo forma parte del Grupo de Investigaciones de Lenguas y Literaturas Clásicas (ZD-CLA-H-94, CDCHT-ULA, Venezuela) y el Proyecto "Argumenta Dramatica" (BFF2002-00084, DGICYT, España).

Los párrafos dedicados por Herodoto a la descripción de la ciudad de Babilonia constituyen un extenso fragmento susceptible de múltiples lecturas, lo que permite igualmente un acercamiento a partir de múltiples ópticas. En efecto, las descripciones presentes al final del libro I de las *Historias*, referidas no solamente a la naturaleza física, sino también a los usos y costumbres de los babilonios y a los caracteres del país, pueden ser inscritas en la antigua tradición griega de los relatos de viajes. Este género, situado a medio camino entre la cosmografía y el relato popular de aventuras, gozó desde siempre de una gran popularidad entre los griegos. Muchos de estos relatos, de alta divulgación en el mundo antiguo, se conservan hasta nuestros días, proporcionándonos valiosas noticias acerca de sus autores y de su carácter mismo como género narrativo. Ya sabemos de antiquísimos viajes míticos emprendidos por héroes como Jasón, Teseo o Heracles, que atestiguan la presencia del periplo por regiones desconocidas y exóticas como motivo constante y recurrente en la mitología antigua. Ulises mismo encarna la figura del héroe transterrado, que sólo puede volver a su patria después de haber conocido "las ciudades y el genio de innúmeras gentes"¹. Los relatos de viajes, pues, siempre han merodeado las difusas fronteras del mito, la ficción, la antropología y la cosmografía. Conocemos por estos relatos a otros viajeros, como Hecateo de Adbera, autor de una conocida *Periégesis*, u otros aún más tardíos como Ctesias de Cnido, médico griego que vivió en la corte persa en los años finales del s. V a.C., autor de un relato *Sobre la India (Indiká)*; a Escílax de Carianda, almirante griego al que se le atribuye el relato de un periplo por las costas del océano Índico y el golfo Pérsico hacia finales del s. IV a.C.; a Hanón, navegante cartaginés que llegó hasta las costas occidentales del África; a Agatárquides, filósofo peripatético oriundo también de Cnido, que escribió en el s. II a.C. un relato *Sobre el mar Eritreo*; a Arriano de Nicomedia, que escribió un *Periplo del Mar Negro* ya en tiempos del emperador Adriano; a Dionisio el Periegeta, autor por las mismas fechas de una curiosa *Descripción del mundo habitado* en verso; o a Marciano de Heraclea, autor de una *Descripción del Mar exterior, oriental y occidental*, que data del s. II². Los relatos de viajes y las descripciones de lugares lejanos y maravillosos constituyen, pues, todo un género literario que se extiende a lo largo de la tradición occidental, hasta las mismas cartas de Colón y la Crónica de Indias, y aún después, a los *Viajes de Gulliver* y las odiseas espaciales de nuestros tiempos.

Las *Historias* de Herodoto son un hito de este género, y en ellas, especialmente, la descripción de Babilonia. Así, los párrafos 178 a 187 del libro I nos describen una ciudad rica y poderosa, "adornada como ninguna otra conocemos"³, asentada sobre una planta cuadrangular y situada en medio de una gran llanura, atravesada medio a medio por el río Éufrates, que era rápido y navegable. La ciudad estaba protegida por un foso "profundo y ancho" y una doble muralla que la ceñía "como una coraza" (qèrhx)⁴; ambos sectores, divididos por el río, estaban compuestos por casas de unos tres a cuatro pisos ordenadas en calles transversales y paralelas a la corriente. En el centro de cada sector se alzaban, en el uno el palacio real, y en el otro el templo de Bel Marduk⁵, con sus puertas de bronce y rodeado a su vez de un muro grande y sólido. En cuyo centro se alzaba a su vez la célebre torre, que en realidad eran ocho torres superpuestas, en la última de las cuales se hallaba la capilla consagrada al dios. Al interior de la capilla había una cama y una mesa de oro que utilizaba una mujer distinta cada noche, escogida de entre las del país para unirse con el dios. También había una estatua de Zeus sentado, junto a una mesa y un altar sacrificial, todo ello en oro. La corriente del río, por lo demás, estaba controlada por un complejo sistema de diques y canales que era

“digno de admiración” (ἄξιον ᾗματος)⁶, lo que protegía a la ciudad de crecidas e inundaciones. A través del río había un puente cuyas tablas podían ser retiradas a conveniencia, mientras la corriente era surcada por barcos que transportaban la variedad de productos que producía el país. Estos barcos no eran de madera, sino de cuero, lo que a Herodoto parecía “la maravilla mayor entre las cosas de allí”⁷.

Si bien la mayoría de los autores coinciden hoy en que Herodoto efectivamente conoció de propia vista la ciudad⁸, es evidente que su descripción está salpicada por todas partes de elementos retóricos propios de la tónica de la *mirabilia*, lo maravilloso. Para Aristóteles “lo maravilloso es placentero”⁹, por ello en su *Retórica* incluye al maravillarse entre los placeres¹⁰. Lo maravilloso en tanto que *topos* está por otra parte íntimamente relacionado con el problema de la verosimilitud, εἰκόν, de modo que lo maravilloso debe ser, al menos en parte, imposible, ἄδύνατον¹¹. Las *adynata* constituyen uno de los recursos retóricos y poéticos más utilizados en la Antigüedad. Herodoto menciona varias veces el término qaama (qema en su dialecto jonio) para referirse a ciertos aspectos resaltantes de la descripción de Babilonia. Los trabajos de la hidráulica babilónica, por ejemplo, le parecen “dignos de admiración”, ἄξιον ᾗματος.

Para Hartog, lo *thōma*, con su componente de singularidad, de extrema belleza o excesiva rareza, con su carácter de “cosa digna de memoria”, constituye un verdadero *topos* del discurso etnográfico¹². La retórica de lo maravilloso se presenta entonces emparentada con la tónica de lo exótico, de manera que en la descripción de Babilonia entra en juego otro de los componentes fundamentales del relato etnográfico: el extrañamiento, la conciencia del otro, lo que algunos teóricos ahora quieren llamar “la alteridad”. La intención de Herodoto al componer sus *Historias* es, precisamente, acercarse al *bárbaro*, al otro, con extrañeza, con admiración, pero también, hay que decirlo, con reserva¹³. No puede ser de otro modo desde que el acercamiento al objeto estudiado implica a la vez el retiro de la perspectiva. Así, el saber geográfico pasa en Herodoto por una fundamental prueba: nombrar el espacio extraño. Para Campos Daroca, la descripción herodotea es un intento de conjugar armónicamente la graficidad del mapa, inventado un siglo atrás por Anaximandro de Mileto, con la literatura de los periplos¹⁴. De esta manera, el paisaje herodoteo se asienta sobre una red de coordenadas que basa su lógica en un sistema patémico. Su mirada recorre una geografía condicionada por “categorías previas” heredadas de un saber preexistente y condicionante¹⁵. Los accidentes de esta geografía son, cómo no, físicos, pero también emocionales y afectivos. Hay temor y cautela, pero también el maravillarse, lo nota Aristóteles, implica deseo y placer por aprender¹⁶. Todo se mezcla en una amalgama de sentimientos encontrados. La descripción se vuelve mapa acústico y, en ese sentido, se adapta para transmitir la extrañeza. Por eso Babilonia está adornada como ninguna otra ciudad conocida¹⁷. La novedad necesariamente se traduce, en la descripción geográfica, en exotismo.

El exotismo de los pueblos orientales es motivo literario de vieja data, y a su vez se relaciona estrechamente con otro género fundamental en la reflexión de los griegos acerca del otro: la utopía. La nostalgia y la añoranza de un pasado feliz en el que el hombre vivía en plácida paz, justicia y abundancia parece una constante en todas las culturas. Extraña paradoja, la meditación acerca del no-lugar constituye también el espacio ideal donde alojar todo lo que es extraño a la cultura helénica. Por eso la utopía está tan cerca del relato de viajes. A ambos les gusta frecuentar el sinuoso camino que linda la ficción y la realidad. Los griegos inventaron la utopía y le dieron nombre, pero nunca lo supieron. Lens Tuero y Campos Daroca han indagado en los caracteres y variedades del género utópico en la Antigüedad (lo que han llamado la “tónica utópica”), y han llegado a la conclusión de que hay que esperar a Moro para que, con elementos ya presentes en la tradición griega, dé carta de nacimiento a un género a la vez antiguo y moderno¹⁸. Babilonia, como constructo ficcional, como artificio poético y descriptivo, puede inscribirse también en la larga tradición de las utopías griegas. No es difícil distinguir los elementos de esta descripción que se encuentran atestiguados, textual o alegóricamente, en otros textos griegos legítimamente reconocidos como parte de la tradición utópica. Así, la llanura en medio de la que se levanta Babilonia produce, gracias al aprovechamiento del río, múltiples productos agrícolas, lo que hace que sea extremadamente rica, al igual que el país de los tracios en *Ilíada* XIII 1-7, y la isla de Pieria y el país de los Cíclopes de *Odisea* V 54-74 y IX 105-141. La feracidad del territorio es uno de los lugares comunes de la utopía que puede ser advertido ya desde el mito de la Edad de Oro¹⁹ y la tradición bíblica misma. Muy rica es también la ciudad de Panara, situada también en medio de una llanura en la isla de Pangea, tal y como la describe Evémero de Mesene según Diodoro de Sicilia²⁰. En realidad, el motivo de la fertilidad no es sino uno de los aspectos del *topos* de la riqueza de los lugares utópicos. La ciudad utópica es, a la par que poderosa, extraordinariamente rica²¹. De este modo aparece una profusión de objetos de oro en el Templo de Bel Marduk babilónico, al igual que en el palacio de Alcínoo descrito en *Odisea* VII 28-135, cuyas puertas también son de bronce. Los muros de oro y las puertas de bronce también aparecen atestiguados en el platónico palacio real y el templo de Poseidón de la ciudad de los Atlantes y el de Hestia, Zeus y Atenea en la de los Magnetes, tal y como los describe el filósofo en *Crit.* 113b-115a y *Ley.* 848d-e respectivamente. Para Aristóteles, Babilonia queda como ejemplo típico de la ciudad desmesuradamente rica y grande²². También la ciudad Guerrera descrita por Teopompo de Quíos en el s. IV a.C., según escribe Eliano en su *Varia Historia*, es rica en oro y plata²³. Por lo demás, Friedländer nota que asimismo el templo de Yahvé de Salomón estaba también revestido de plata y oro, con lo que el motivo parece recurrente en este tipo de descripciones, al menos las referidas a la región del Mediterráneo oriental y el Asia Menor²⁴.

Otro tanto habrá que decir respecto de la planta rectangular de la ciudad de Babilonia. La tradición urbanística indoeuropea remite a ciudades de planta más bien circular, tal y como lo demuestran las excavaciones realizadas en Sindschirli, en el centro de Turquía, ciudad hitita con doble muralla exterior concéntrica y doble puerta; en Arslan-Tasch, ciudad asiria del 950 a.C.; en Sirchem en Palestina, e incluso en la ciudad griega de Mantinea, con recinto oval amurallado. Troya II, excavada por Schliemann, Dörfield y Blegen no era más que una especie de círculo de 100 a 120m. de diámetro, y Troya VI, es decir, la Troya homérica, alcanzaba ya los 200m. en cuyo interior se alzaba la

ciudad palatina, desbordándose extramuros el caserío. Esta ciudad puede ser fechada entre 1700 y 1200 a.C. Especula al respecto J. M. Muñoz Jiménez, notando que la *polis* constituye un microcosmos, y todo *kosmos* ha de ser circular. Por otra parte, el círculo simboliza la inmortalidad, pues es la figura perfecta²⁵. Del mismo modo, son circulares también las plantas de las ciudades platónicas de Magnesia y Atlántida aludidas anteriormente, esta última, además, protegida, como Babilonia, por murallas y fosos llenos de agua. Herodoto mismo nos cuenta que la ciudad de Ecbatana, capital de la Media, era circular, y estaba rodeada por siete muros concéntricos de diferente color, en cuyo centro se hallaban el palacio real y los tesoros²⁶. Sin embargo, la tradición urbanística de los antiguos de igual forma nos remite a ciudades con planta rectangular. Una de ellas fue hallada en las excavaciones de Karanovo, Bulgaria, a cargo de H. Todorova. Allí se descubrió una ciudadela perfectamente cuadrada, fechada en el v milenio a.C., en el período denominado por Gimbutas como el de la *Vieja Europa*. Se aprecia allí una planta perfectamente cuadrada, orientada según los cuatro puntos cardinales y ceñida por una muralla, en el centro de cuyos lados se abren cuatro puertas. De estas puertas avanzan dos avenidas principales que se cortan perpendicularmente en el centro de la ciudadela, exactamente a la manera de un castro romano²⁷. Mucho más tarde, en el s. v a.C., Hipodamo de Mileto, fue célebre por imponer un diseño racional de planta reticular, que fue adoptada en la reconstrucción de El Pireo, así como, se cree, de otras ciudades del mundo griego como Mileto, Turios y Rodas, arrasadas durante las guerras médicas²⁸. Por tanto, la planta rectangular parece haber sido utilizada por los pueblos preindoeuropeos, cuyos primeros y precarios asentamientos urbanos desaparecieron bajo las invasiones de los pueblos arios, los cuales impusieron una concepción circular del desarrollo urbano. Estas ciudades de planta circular encuentran expresión filosófica en las descripciones de utopistas como Platón, si bien estas propuestas deben coexistir con las de otros urbanistas, como Hipodamo de Mileto o Faleas de Calcedón, quienes impulsaron desarrollos más racionales, prácticos y realistas, basados en una concepción reticular. En esta última orientación se inscribe la descripción de Babilonia según Herodoto.

No es poco, finalmente, lo que se puede decir acerca de la descripción de las murallas, cuya construcción es referida por Herodoto con detalle. Las murallas son quizás la edificación más característica de la ciudad antigua. Representa acaso su poderío, pero sin duda su inexpugnabilidad. Por ello, la condición de las murallas está altamente relacionada con la calidad de vida de los habitantes de una ciudad. Todavía en Aristóteles no es posible concebir una ciudad sin murallas, y el Filósofo se esfuerza por resaltar su importancia, no sólo defensiva sino también ornamental, escénica. Una ciudad bien amurallada luce segura, estable, tanto para propios como para extraños²⁹. Es solamente la ciudad de Kamiros, situada en un estratégico valle cercano a la costa occidental de Rodas, la que adelanta en el s. III a.C. el esquema de la ciudad sin murallas ni ciudadela defensiva, tal y como pretendían que fueran sus ciudades utópicas cínicos y estoicos. Ello no significó empero más que la excepción de una tradición que se extenderá hasta finales de la Edad Media europea y aún el período colonial americano. Más bien observamos cómo la descripción de las murallas constituye un lugar común de extraordinaria importancia en la descripción de la ciudad utópica. Herodoto describe con detalle los caracteres de esta muralla: la rodea un foso lleno de agua y mide cincuenta "codos reales" de ancho por doscientos de alto, con almenas en la parte superior, entre las cuales hay espacio suficiente para que circule un carro. La franquean cien puertas, todas de bronce. También cuenta el historiador la manera como fue hecha esta muralla, como la tierra sacada del foso fue aprovechada para elaborar los ladrillos, los cuales fueron juntados en la construcción usando asfalto como cemento³⁰. Platón hace igualmente una descripción detallada de la muralla que protege la ciudad de los Atlantes³¹. Ésta se levanta después del foso que rodea la isla central, el cual también fue cavado sacando la piedra necesaria para construir el muro. Cuenta finalmente que la muralla que rodeaba el recinto exterior estaba recubierta de cobre, la del medio de estaño y la más interior, que protegía la acrópolis, la recubrieron de oricalco para contribuir al ornato de la ciudad, pues para Platón, como en Aristóteles, la muralla desempeña una función escénica.

En el extremo de la utopía está la comedia, ese espacio de la suma trasgresión en que nada es imposible y está permitido burlarse de todo cuanto existe. Aristófanes, en un texto de singular clarividencia que adelanta el fracaso y la pesadilla de las utopías, cuenta cómo Pistétero y Evélpides, dos ancianos atenienses hartos de una ciudad tan conflictiva, deciden huir de ella, y fundar en medio del aire una nueva ciudad habitada por las aves. Poco a poco, "Cucópolis de las Nubes", la ciudad que han fundado, termina reproduciendo y aumentando los vicios de aquella Atenas de la que pretendía ser antítesis, para convertirse en un aparato político aun más monstruoso que el imperio predecesor³². Un momento importante en la escena de la fundación de la nueva ciudad lo constituye la erección de las murallas. Pistétero ordena así a las aves:

"...en primer lugar, os enseño a que haya una sola ciudad de los pájaros, y luego amurallar alrededor con grandes ladrillos toda esta región intermedia entre el cielo y la tierra, como Babilonia"³³.

Más adelante, inmediatamente después de la segunda Parábasis, un mensajero busca a Pistétero para anunciarle que la construcción ha sido terminada, que las aves han construido unas grandes murallas en medio del aire. Miden, lo ha comprobado el mismo mensajero, cien brazas:

"PISTÉTERO: ¡Oh Posidón, qué altura! ¿quiénes la han construido tan alta?

MENSAJERO: Los pájaros, nadie más; no estaba el egipcio portador de ladrillos, ni el cantero, ni el carpintero; ellos solos lo hicieron, tanto, que me quedé pasmado. De África vinieron treinta mil grullas que se habían tragado piedras para los cimientos; los rascones las tallaron con los picos. Diez mil cigüeñas fabricaban ladrillos y las avefrías y otras aves del río subían agua de abajo al aire.

PIST.: ¿Y quiénes llevaban barro?

MENS.: Las garzas con cubos.

PIST.: ¿Y cómo echaban el barro en los cubos?

MENS.: Esto, querido, lo discurrieron muy ingeniosamente: las ocas, cogiéndolo como con palas, lo echaban a los

cubos con las dos patas”³⁴.

No cabe duda de que el relato es una parodia del pasaje de Herodoto, aunque también muestra ciertas similitudes con la descripción de las murallas de Atenas mandadas a construir por Temístocles, según Tucídides³⁵. Como quiera que sea, es evidente que el motivo de la descripción de las murallas luce como *topos* recurrente y central en la descripción de la ciudad utópica, y como tal no podía ser desechado por Aristófanes en esta paródica crítica de la utopía, esta antiutopía que son *Las aves*.

Babilonia, pues, queda como lugar de la desmesura, de la hipérbole, de la maravilla, de todo aquello que los griegos clásicos temían y admiraban. En su descripción se encuentran presentes muchos de los elementos que sirven para configurar una *tópica* de lo exótico, de lo increíble, de lo extraño, conformando así una “retórica de la alteridad”. Herodoto forma parte de un linaje de “hombres-frontera”, encargados de esbozar los contornos de la identidad griega al borde de su propia realidad³⁶. El historiador, que ha visto la ciudad, recoge la tradición babilónica, y traza con ella un mapa que se va poblando de mitos, pero también de clarividencias. El inventario del mundo y el retrato del bárbaro configuran un imaginario que se convierte en camino de ida y vuelta. En su decurso, los paisajes van y vienen enriqueciendo el discurso y la fábula. El lado oscuro de esta estrella es, sin embargo, la incompreensión, la intolerancia y la guerra.

Notas

¹ *Od.* 13.

² Para una cuidada selección de estos relatos con estudio introductorio, vid. GARCÍA MORENO, L., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F., *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Madrid 1996; acerca de los relatos de viaje como género literario en la antigua Grecia, vid. el más reciente trabajo de GÓMEZ ESPELOSÍN, J., *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Madrid 2000.

³ En adelante, seguimos la traducción ofrecida por J. Berenguer Amenós, Barcelona 1960.

⁴ La imagen de la muralla como coraza que ciñe y protege la ciudad, así como al corazón del hombre de los ataques de Satán, está también registrada en la tradición islámica. Vid. ABŪ-L-HASAN AL-NURĪ DE BAGDAD, *Moradas de los corazones*, introducción de Luce López-Baralt, Madrid 1999: 76 n. 50.

⁵ Que Herodoto llama “Zeus Belo”, ZeÚj B»loj (I 181).

⁶ I 185, 15.

⁷ TŌ dü ꝑfntwn qĭma mšgiston, I 194.

⁸ LUCE, T. J., *The Greek Historians*, London 1997: 20; ROUSSEL, D., *Les historiens grecs*, Paris 1973: 32.

⁹ TŌ dü qaumastŌn 'dŪ. *Poet.* 1460a.

¹⁰ *Rhet.* 1371b.

¹¹ *Rhet.* 1392a. El *topos* de lo maravilloso es una constante narrativa en la Crónica de Indias, como hemos estudiado en nuestro pequeño trabajo “La transmisión del saber en la descripción de la naturaleza en Plinio el Viejo y la Crónica de Indias” (Mérida, Venezuela 1993). Acerca de lo maravilloso y la verosimilitud en la literatura de España y Portugal, vid. SPINA, S., *Introdução à Poética Clássica*, São Paulo 1995: 135. Acerca de la verosimilitud y el concepto aristotélico de e, kŌj, vid. PAGLIALUNGA, E., *Manual de retórica literaria clásica*, Mérida (Venezuela) 2001: 112.

¹² F. HARTOG, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, Paris 1980: 356 ss., donde el autor dedica un capítulo al estudio de este concepto.

¹³ No cabe en este acercamiento profundizar acerca de los mecanismos descriptivos y narrativos usados por Herodoto a la hora de representar el mundo y la cultura de los “bárbaros”. Sin embargo, no podríamos pasar este aspecto sin aludir al clásico trabajo de F. HARTOG, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, Paris 1980. Por lo demás, una actualizada ponderación de la obra herodotea la ofrece A. SCHÖGL, *Herodot*, Stuttgart 1998, trad. esp. Madrid 2000. Acerca de las relaciones entre la cultura oriental (India, Mesopotamia y Persia) y la Grecia antigua, especialmente en relación con la tradición homérica, vid. el ensayo de W. BURKERT, *Da Omero ai Magi*, Venezia 2001, trad. esp. Barcelona 2002. Este trabajo consigna asimismo una importante bibliografía sobre el tema.

¹⁴ CAMPOS DAROCA, J., *Experiencias del lenguaje en las “Historias” de Herodoto*, Almería 1992: 108 ss.

¹⁵ GÓMEZ ESPELOSÍN, J., *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Madrid 2000: 186 ss.

¹⁶ *Rhet.* 1371b.

¹⁷ TMkekŌsmhto dü æj oŪdün ¥lo pŌlisma tĭn 'me:ĵ ꝑdmen. *Hist.* I 178.

¹⁸ LENS TUERO, J. y CAMPOS DAROCA, J., *Utopías del mundo antiguo*, Madrid 2000. En lo referente a la Antigüedad grecolatina, el estudio introductorio que ofrece este trabajo supera y resuelve muchos de los planteamientos presentes en el estudio pionero de TRUOSSON, R., *Voyages aux pays de nulle part. Histoire littéraire de la pensée utopique*, Bruxelles 1975, trad. esp. Barcelona 1995. La bibliografía acerca de la literatura y el pensamiento utópico es exageradamente dilatada. Al respecto, remitimos a los apéndices bibliográficos en los estudios citados.

¹⁹ HES. *Trab. y días* 106-201.

²⁰ *Bib. Hist.* v 41-2.

²¹ LENS TUERO (“La representación de la Edad de Oro desde Hesíodo hasta Pedro Mártir de Anglería”, GARCÍA GONZÁLEZ, J. M. y POCIÑA PÉREZ, A., *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica*, Granada 1996: 171-209) hace en este sentido una diferenciación entre la utopía austera (simple, ἰπλότῃ) y la compleja (poikil»), que daría mayor preponderancia a la riqueza material. Por lo demás, hemos intentado caracterizar una poética del discurso utópico en nuestro pequeño trabajo “*Politeia y utopía. Elementos para una poética de la utopía filosófica en Grecia*”, LABIANO ILUNDAIN, LÓPEZ EIRE y SEOANE PARDO, *Retórica, política e ideología desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Salamanca 1997: 229-39.

²² *Pol.* 1265a 14, 1276a 28.

²³ III 18.<

²⁴ Lo que hace pensar a este autor que la ciudad de los Atlantes encarna el “oriente idealizado” por Platón. Vid. FRIEDLÄNDER, P., *Platon. Seinswahrheit und Lebenswirklichkeit*, 1964, trad. esp. Madrid 1989: 293-99.<

²⁵ MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M., *La ciudad como obra de arte. Las claves del urbanismo en la Antigua Grecia*, Madrid 1996: 31. Para la bibliografía acerca del tema remitimos al apéndice ofrecido en este pequeño estudio.

²⁶ I 98.

²⁷ F. VILLAR, *Los Indoeuropeos y los orígenes de Europa*, Madrid 1996: 173 ss.

²⁸ ARIST. *Pol.* 1267b-1269a.

²⁹ *Pol.* 1330b 32 ss.

³⁰ I 178.

³¹ PLAT. *Crit.* 116a.

³² Los caracteres de la antiutopía aristofánica presentes en *Las aves* han sido estudiados en nuestro trabajo “Parodia y antiutopía en *Las aves* de Aristófanes”, CRESPO, E. y BARRIOS, M.-J. (Eds.), *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 2000: 573-80.

³³ ARISTOPH. *Aves* 550-2. En adelante, para todas las citas de *Las aves*, seguimos la traducción de F. Rodríguez Adrados, Madrid 1997. El subrayado es nuestro.

³⁴ vv. 1131-46.

³⁵ TUC. I 93.

³⁶ Las expresiones son de F. HARTOG, *Le miroir d'Hérodote, op.cit.*: 331 ss. y *Mémoire d'Ulisse. Récits sur la frontière en Grèce ancienne*, Paris 1996, trad. esp. Buenos Aires 1999: 14, respectivamente.